

LA PRIMAVERA.

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA.

Se suscribe á 4 reales al mes en la imprenta de Meliton Suñer; y á 15 reales trimestre fuera de Gerona; cuyo importe los señores suscritores de fuera se servirán librar anticipado al Sr. Administrador de LA PRIMAVERA por medio de sellos de franqueo.

La Granadina.

Por H. N.

Era el año 1492. Fernando el católico, rey de Aragon, é Isabel de Castilla, habian puesto cerco á la ciudad de Granada, último asilo que les quedaba á los moros, antes dueños de casi toda la península ibérica. Boadbil, último rey moro de Granada, se habia encerrado en ella, con ochenta mil combatientes, únicos defensores del Corán que existian entonces en España. Al empezar la lucha, habian tomado la firme resolución de triunfar ó sepultarse entre las ruinas de la ciudad, pues su posicion desesperada no les dejaba otra alternativa que la de vencer ó morir. Arrinconados hácia el mar, debian verse obligados á lanzarse á él inevitablemente, tan luego como poseionados de Granada los cristianos, empezasen á perseguirlos en las montañas que se estiendan al medio dia de dicha ciudad. —Por otra parte, en el campo de los sitiadores, en el que se habia reunido un numeroso ejército, capitaneado por la flor de la caballería española, desde los dos soberanos hasta el último soldado, era conside-

rada en general la toma de Granada como una cuestion de honor nacional, y para cada uno en particular como un asunto de amor propio. Se trataba en efecto de arrancar de España las últimas raices de la dominacion estrangera, que la habia oprimido durante siete siglos: de asegurar el triunfo de la cruz sobre la media luna; de lavar con la última gota de sangre de los infieles, la mancha de los viejos cristianos de Castilla. Esta penosa tarea, principiada en los primeros años del siglo octavo por el Rey D. Pelayo y sus bravos asturianos, y seguida con gran trabajo por las heroicas generaciones contemporáneas del Cid, del Rey D. Sancho y de otros, tocaba á su fin glorioso.

Dichas circunstancias esplican perfectamente la duracion del sitio, y la terquedad de los sitiados; al paso que escusan hasta cierto punto las crueldades que se cometieron de una y otra parte.

Mientras tanto Granada, estrechamente bloqueada hacía mas de seis meses, empezaba á experimentar los horrores del hambre. Llegados á este extremo, los moros tomaron una resolución desesperada. Aguardaban socorros de África; pero era necesi-

rio que la ciudad se sostuviera al menos seis semanas, para que pudiesen ser socorridos á tiempo: mas los víveres que tenían apenas bastaban para evitar que la guarnición se muriera de hambre durante las seis semanas fatales. Se tomó pues la determinación de hacer salir de la población á todos los que se llaman bocas inútiles; es decir, á todos aquellos que ó por su edad, su secso, ó por falta de salud, no podían ir á las murallas á defender la plaza.

Una mañana, abrióse una de las puertas de Granada, y los españoles vieron salir por ella á una multitud de personas miserables y andrajosas; viejos, mujeres, niños y enfermos. Con la palidez de la muerte, iban errantes como una turba de inquietos fantasmas entre la ciudad y el campo español, tendiendo sus manos suplicantes tan pronto hácia los sitiados, como hácia los sitiadores.

A este espectáculo, el alma generosa de la magnánima Isabel de Castilla se conmovió; tuvo piedad de aquellos infelices, y dirigiéndose á Fernando de Aragon su esposo le dijo: «¿Señor, permitiremos que esos infelices que se hallan espuestos á los tiros de sus mismos hermanos y de nuestros soldados, mueran á nuestra presencia de hambre y frio?»

«Son infieles»; contestó Fernando, cuyo corazón mas frio que el de Isabel, raras veces se dejaba conmover por los simples sentimientos de humanidad; «y además, estos serán otros tantos enemigos menos, de los que no tendremos el trabajo de desembarazarnos luego.»

—«Que importa,» contestó Isabel con todo el entusiasmo de su alma hermosa; «que importa que sean infieles, si son desgraciados: la caridad enseñada por Jesucristo, no hace distinciones; á todos se reparte por igual. Vos hareis lo que mejor os pa-

rezca, Sr.; en cuanto á mí, he resuelto tomar á esas pobres gentes bajo mi protección.»

Y aquellos infelices debieron su salvación á la magnánima Isabel de Castilla.

Recogidos por su orden en varias tiendas, se les trató como á hermanos, y algunos dias despues, cuando tuvieron que partir para embarcarse en Cartagena, en los navíos de la reina Isabel que los debían trasportar á África, á cuyo punto quisieron ir, en todo el campo de los sitiadores resonaban mil gritos de alegría y de reconocimiento; y al desfilarse por delante de Isabel, todos la miraban con cariño, arrasados los ojos con las lágrimas que les arrancaba el reconocimiento.

En el momento en que acababan de pasar los últimos, salió de entre ellos una jóven, y adelantándose hácia la reina que presidia el desfile se posternó delante de ella, segun la costumbre oriental; tomole la mano que besó respetuosamente, y levantándose despues, veíase en su actitud retratado el sentimiento y la resignación; quedóse por último de pie frente de la reina, esperando que se le mandase hablar. Tendría como unos quince años. Su talle era esbelto y flecsible como una palmera; en sus facciones se veía reproducida esa especie de gracia viva y á veces un poco salvaje de la raza morisca á que pertenecía. Sin embargo, un velo de melancolía estendida sobre su rostro, aumentaba sus encantos, y atenuaba el fuego, algunas veces demasiado vivo, de sus grandes y rasgados ojos, negros como el azabache. Una falda corta de color encarnado y amarillo, formando grandes fajas de estos dos colores; un turbante de muselina, del que salían magníficas madejas de pelo sedoso y negro, y un collar de granos de coral, formaban todo su traje.

—«Qué quieres, hija mia?» le dijo Isabel con amabilidad.

— Reina, contestó ella, en el estilo poético tan familiar á los orientales. « Quisiera quedarme á tu lado, como un tierno arbolillo á la sombra del cedro magestuoso, y seria la mas sumisa de tus esclavas. »

— Tu abandonas á tus padres, y les dejas partir solos á África?

— Mi padre ha muerto en la guerra: mi madre de dolor: yo no tengo ya ni padres ni patria; yo me uno á tí, ó reina, porque has sido generosa y compasiva con mis hermanos que el sultan Boadbil ha villanamente abandonado.

La infanta de España doña Juana, estaba presente á esta conversacion. Casi de la misma edad que la huérfana mora, sintió de repente por ella una viva simpatía, y dirigiéndose á la reina Isabel:— Señora, le dijo, Granada será vuestro botin despues de la victoria; esta jóven que sea el mio si vos lo permitís.— Isabel se sonrió en señal de consentimiento.— ¿Cómo os llamais? preguntó D.^a Juana á la mora.— Me llamo Topacio; se apresuró á contestar esta con un acento que revelaba el contento que sentia.— ¡Oh! que nombre tan hermoso, exclamó la infanta; Topacio, la dijo, puesto que mi madre lo permite, os quedareis á mi lado; no como esclava, puesto que nuestra religion no conoce esclavos, sino hermanos; y vos os quedareis como tal, y sereis para mí una hermana mas preciosa que la piedra cuyo nombre llevais.

Desde aquel momento Topacio la granadina, fué la compañera inseparable de la infanta D.^a Juana de Castilla y de Aragon. Aun no se habia pasado un mes desde este acontecimiento, cuando los Reyes Católicos D. Fernando y D.^a Isabel hacían su entrada triunfal en Granada, conquistada el mismo año que Cristobal Colon descubria para dichos monarcas un nuevo mundo.

(Se concluirá.)

A LAS FORTIFICACIONES DERRUIDAS
DE LA CIUDAD DE GERONA.

ELEGIA.

¡Salve, gloriosos restos que no pudo
Borrar del todo la estrangera saña,
Y de un pueblo inmortal, honor de España,
Fuisteis un tiempo escudo!

Ruinas silenciosas de este suelo,
Inhiestas torres almenadas antes,
Que al miraros las águilas triunfantes,
Abatieron su vuelo!

Mas de una vez crucé con paso tardó
Vuestro recinto solitario... umbrío...
Mas de una vez tambien sintióse frio
El corazon del bardo;

Al contemplar en la apacible calma
De noche estiva, con turbados ojos,
De esos altivos muros los despojos
Llena de luto el alma;

Al escuchar el canto lastimero
Del ave del sepulcro, estremecido;
Al escuchar el lúgubre gemido
Del cárabo agorero:

Que sobre esos escombros veces varias,
A la pálida luz de las estrellas,
Parecen elevar con sus querellas
Misteriosas plegarias.

Plegarias que los montes en sus huecos
Reproducen con notas abreviadas,
Formando, por los céfiros llevadas,
Melancólicos ecos:

Siniestros ayes que entender la mente
Pretende en vano con su acento herida;
Tristes lamentos que hallan acogida
En mi pecho doliente.

¡Ah! Cuántas horas, ¡cuántas! viome el dia
Ante ese cuadro de recuerdos lleno,
Volando al cielo azul, puro y sereno
Mi ardiente fantasía!

Del cespéd reclinado en las alfombras
Que verde crece en los cegados fosos,
De mil valientes séres generosos
Evocando las sombras!

Héroes que al galo indómito, iracundo,
La soberbia cerviz tanto humillaron,
Que en dura lucha, desigual, llenaron
De admiracion al mundo:

Varones de virtud acrisolada,
Guerreros de alta prez, cuya memoria
Eternamente vivirá en la historia,
Con su sangre sellada.

Los que el valor llevaron á tal punto
De una ciudad, ejemplo de constancia,
Que émula fué de la inmortal Numancia;
Émula de Sagunto:

Y ornados de esplendentes aureólas,
Tras de combates rudos y prolijos,

Murieron peleando como hijos
De madres españolas!

Al recordar sus hechos ¿quién no siente
Arder el corazón en llama santa?
¿Quién, si español se precia, no levanta
Con orgullo su frente?

¿Quién absorto no admira los prodigios
De que pechos tan nobles muestras diéran,
Y con muda elocuencia hoy vociferan
Esos mústios vestigios?

Desde el Piréne á la fenicia Gades
Oyense por do quiera sus loores,
Que á rendir llegarán siempre mayores
Las futuras edades.

Acudiendo hácia el Ter, de piedad llenas,
Las venideras gentes presurosas,
A sembrar de laurel, de mirto y rosas,
Sus márgenes amenas.

Entonces de entusiasmo ardiente henchidas,
Tributándoles sincero homenaje,
Con sentido y enérgico lenguaje
Dirán enternecidas:

» Estos los sitios son, esta es la tierra
» Que nuestros padres inmortal han hecho,
» Llenando de vergüenza y de despecho
» Al genio de la guerra.

» A aquel que de ambicion y gloria loco
» Del mundo entero pretendió ser dueño;
» Y en su delirio y orgulloso sueño
» Todo el mundo era poco.

» Al que sobre los tronos con espanto
» Temblar hizo á los Reyes de la Europa,
» Arroizando al huir, viendo su tropa,
» Cetro, corona y manto.

» Y alzando de entre el polvo los emblemas
» Del supremo poder abandonados,
» Monarcas hizo ser á sus soldados;
» Y ciñóles diademas.

» El Tiber caudaloso, el Rhin, el Nilo,
» Obstáculo al coloso no opusieron;
» Y la gloria que aquellos no obtuvieron
» La adquirió el Ter tranquilo:

» El paso deteniendo á las legiones
» Que á la victoria un Semidios llevaba,
» Y cual torrente de encendida lava
» Asoló las naciones.

» Estas reliquias, ¡ay! estas señales
» De horrible destruccion aquí presentes,
» Muestras son y serán siempre evidentes
» De esfuerzos inmortales.

» Pregonando el esfuerzo de los bravos
» Que al defender la libertad querida,
» Vendieron cara su preciosa vida
» Antes que ser esclavos!

» Murieron sí: lo quiso así la suerte:
» Mas el cielo también en recompensa
» Dispuso que viviera su defensa
» Mas allá de la muerte.

» Mirad, sinó, la cariñosa hiedra
» Nutrida con la sangre aquí regada;

» Miradla de su espíritu impregnada
» Subir de piedra en piedra;
» Entrelazando sus amantes ramas,
» Por sostener con avidéz perenne
» Lo que el plomo y el hierro dejó indenne,
» Y las voraces llamas.

» Caros objetos que de Dios la mano
» A nuestra vista atónita presenta,
» Para gloria de Iberia y para afrenta
» Eterna del tirano:

» Y para que igualmente el alto ejemplo
» Que aquellos nos legaron con afanes,
» Sigamos sin cesar, y por sus manes
» Roguemos en el Templo."

Así dirán; y de la patria luego
Un vate se alzará, genio gigante,
Que de Gerona las hazañas cante
Con acentos de fuego.

Empuñando la grave épica trompa
Digna tan solo de él; cuyo eco suene
De un polo al otro polo; el Orbe llene;
Y sus límites rompa.

¡Ventura sin igual! Suerte dichosa!
La mayor que alcanzar le es dado al hombre,
De unir el nombre suyo al claro nombre
De una ciudad famosa.

El esfuerzo cantando y bizarría
Del fiero catalán, que en fuerte lucha
La voz vibrante solamente escucha
Del valor é hidalguía;

La voz del adalid á quien la gente
Grande entre todos con justicia aclama;
Del noble militar de eterna fama...;
De un *Alvarez* valiente!

Y con fácil, sonoro y dulce acento,
Logra erigir á su memoria pura,
Rico de galas, lleno de hermosura,
Eterno monumento.

Empresa asaz gloriosa y que merece
Un númen superior; mente mas alta;
A cuya idéa el corazón se exalta
Y luego desfallece.

Por eso con dolor mi pobre lira,
De un negro velo de crespon cubierta,
Gratos sonidos despedir no acierta...:
Solamente suspira.

F. P. Varela.

EPISODIOS DEL MATRIMONIO.

DIAS DE VENTURA.

(Conclusion.)

Entre la multitud de recomendables circunstancias de que se hallaba adornada nuestra *buena dida*, tenia la de no querer

hacer nada absolutamente en todo el día: ni aun su propia cama quería hacerse. « Soy *«dida»*, decía con mucho énfasis, y no he «venido aquí á servir, sino á que me sirvan;» y efectivamente así sucedía, de modo que se vió muchas veces aquello del *amo, criado*. Bien que tampoco servía para maldita la cosa, como no fuese para pillar la puerta, correr calles, juntarse con otras *didás*, víctimas también como ella de su *fatal destino*, y andar por todas partes quitándonos la piel esto es, quejándose del trato que la dábamos y diciendo que la matábamos de hambre. ¡Podía darse mayor infamia! Pero no fué esto solo. A lo mejor del caso, y cuando habíamos gastado y sufrido lo que no es decible, y cabalmente en los momentos mismos en que el niño se hallaba gravemente enfermo por causa de un exceso de la tal *dida*, tuvo esta la gracia de plantárnoslo de sopetón para irse á otra casa en donde la ofrecieron UNA PESETA MAS.

La sangre se me enciende al recordar este fúnebre acontecimiento, y una lágrima de despecho y de dolor se escapa de mis ojos sin poderla contener. Y es que hemos llegado al epílogo de uno de los episodios más felices del matrimonio; esto es, á la muerte de un hijo. Perdóneseme la inoportunidad del sarcasmo: no tiene á la sazón mi sentimiento otra salida. El niño murió, pues, ó más bien fué asesinado, sin que nos cupiese siquiera el derecho de compeler á su infame asesino á un juicio leve de faltas. ¡Y luego dirán que hay justicia entre los hombres!

Mas ¡ay! que ellas, las *didás*, son las únicas personas que gozan, por lo visto, del extraordinario privilegio de la impunidad. Para ellas no hay códigos, ni tribunales. Tienen carta blanca para todo, y se rien de todo á mansalva: hasta se rien de la opinión pública, como.... es decir como ellas solas, pues no hay nadie á quien uno pueda compararlas. En una palabra, son tan irresponsables como los médicos, y un si es no es, como los ministros: casi puede decirse que llegan

á ser inviolables como las personas de los reyes, caso de que no lo sean más; pues si hojeamos las páginas de la historia veremos... pero vale más que cerremos el libro y que no veamos nada. Ya hemos dicho de las *didás*, lo que se dice de los padres; «contra una nodriza no «hay razón», y esto basta.

Dejémonos, pues, de filosofías y de estériles lamentos. Dios ha querido sin duda á las *didás*, como quiso en otro tiempo el diluvio universal y las siete plagas de Egipto, para castigo de los pecados humanos, y por lo tanto es preciso sufrir sus exigencias y hasta sus maldades, como se sufren las picadas de las sanguijuelas, y los inconvenientes de otros males peores que la sociedad llama necesarios.

Concluyamos, pues, deduciendo de todo esto, que el que quiera dormir poco, rabiar mucho, trabajar en grande y quedarse sin camisa, ó lo que es lo mismo, el que quiera hacer méritos seguros para ganar la salvación eterna, no tiene más que casarse, tener hijos, y meterse *didás* en casa para que se los crien. Tal es al menos la autorizada opinión de

El Novelero.

Las parábolas del divino Maestro.

El trigo y la cizaña.

En su campo sembró buena simiente cierto hombre que tenía un enemigo: cuando todos dormían, de repente sembró el otro cizaña, sin testigo. Creció la yerba, mas creció igualmente la cizaña revuelta con el trigo; los siervos gritan, á la nueva estraña. «¿Señor; echaste trigo y hay cizaña?» El padre de familias dice al punto: «mi enemigo sembró.»—«¿La cogemos?»—«Nó, porque el trigo á la cizaña junto; entrambas cosas arrancar podemos. Dejémosla crecer, que en este asunto, cuando á la siega con salud lleguemos, diré á mis segadores más capaces: separad la cizaña en varios haces.» «Este trabajo llenarán primero

antes que todo sus lucientes hoces,
y encerrándome el trigo en mi granero,
los haces varios quemaréis veloces.»

El sentido genuino y verdadero
de esta hermosa figura, en claras voces
el mismo Jesucristo lo espusiera,
cuando á ruego de algunos añadiera:

«El que siembra la próspera semilla,
es el *Hijo del Hombre*. El campo el mundo.
Los justos, la simiente sin polilla;
los malos, la cizaña. El furibundo
enemigo, el demonio. La sencilla
siega, es el siglo, en consumir profundo
su desaparición con sus errores.

Los ángeles, en fin, los segadores.»

«Así, pues cual se coge la cizaña
y activo fuego se le dá por base,
así también con todo lo que daña,
en la consumación del siglo harás:
Porque el *Hijo del Hombre*, el que no engaña,
cuando á la tierra justiciero pase,
ha de mandar sus ángeles primero,
que limpiarán de vez su reino entero.»

«Quitarán los escándalos presentes,
y á cuantos obren la maldad, que luego
arrojados por manos tan potentes
en el horno serán de eterno fuego.
Allí habrá llanto, con crugir de dientes,
allí no es ya posible humano ruego.
Los justos brillarán como el sol claro,
de su Padre en el Reino al firme amparo.»

Variedades.

EDICTO PUBLICADO CONTRA EL JUEGO POR EL EMPERADOR DE LA CHINA JOUNNG TCHENG.

«El emperador es vuestro padre, no le obligueis á que tenga que ser vuestro juez.

«No hay felicidad sin virtud. El vicio se afana en balde corriendo en pos de la dicha. La busca en el lodo y está en el cielo. El más funesto de todos los vicios es el del juego.

«Yo que desde el fondo de mi palacio veo todo lo que se hace, oigo todo lo que se dice; yo que vigilo mientras el crimen camina silenciosamente por entre las tinieblas: yo que detesto la mentira más que temo la muerte, aseguro que no hay hombres peores que los jugadores. Ellos se tendrían horror si se pudieran conocer á sí mismos: yo los conozco y así escuchadme.

«¿Por qué el ladrón y el jugador, que es su imagen fiel, lo siguen siendo siempre....? ¿Por qué? porque han comenzado.

«A los principios el juego aparece como una chispa que luego se convierte en un incendio devorador; de pasatiempo ó distracción pasa á ser un estudio continuado, un trabajo asiduo, una profesión. Al principio ocupa solo algunas horas, después los días enteros, ¿qué digo los días! no le bastan: cuando todo el mundo está entregado al sueño y al descanso, el jugador está estremecido y no duerme.

«El corazón de un jugador no conoce los afectos suaves y tranquilos que embelesan la existencia; el bien y el mal son para ellos una especie de *albur*: todo efecto de la casualidad: su rabia sobrepuja á los medios de satisfacerla. Si has perdido tu dinero ¿por qué no te marchas? ¿qué haces ahí? Su impotencia le consume y á pesar de eso está viendo jugar.

«¿Y qué hace? perder el tiempo, un tiempo más precioso que el oro.

«El uno descuida los intereses públicos depositados en sus manos: el otro se disgusta de la profesión que ejerce y que le pudiera sostener con abundancia á él y á su familia. El tutor compromete la fortuna del huérfano, y en una palabra, los jugadores se jugarían á sí mismos puesto que se matan.

«¿Insensatos! ¿qué esperan? ¿qué quieren? Su ruina, la de todos. ¿Veis al que se marcha á su casa cargado de oro? muy pronto le vereis lleno de andrajos y de miseria. Pudo triunfar por casualidad y arrancar momentáneamente su secreto á la fortuna; supo dirigir sus pasos caprichosos por algunos instantes. Esperad, esperad.

«¿Cuál es el fin de un jugador? Preguntádselo al que tiene á su hermano desterrado del suelo natal y despreciado de su misma familia, ó bien que se ha suicidado para evitar el patíbulo; al padre que por haber descuidado á su hijo viste el luto del dolor.

«Prohibo los juegos. Prohibo el jugar. El

que no me obedezca, no obedece la Providencia para la cual no hay casualidades; la Providencia que nos dice: trabaja y espera; mis dones son para los mas laboriosos.

«Mi vigilancia, como debe ser la del que manda, se ejerce constantemente contra los vicios. Esta vigilancia nace sobre todo del odio con que los miro. ¡Cuántas veces no obstante este odio ha sido indulgente por no tener que castigar demasiado! pero ¡jugadores! no conteis jamás con mi indulgencia.

«Gefes, soldados y vosotros que por lazos de parentesco estais unidos á vuestro amo, no olvideis que aborrece el juego y que os ha confiado poder y fuerza. Sobre nuestras fronteras, en el interior del imperio, sois la imágen de su grandeza; debéis ser pues, para su pueblo los modelos de la virtud.

«Ya os he señalado el camino del deber y el abismo de la infamia: me habeis oido. Os lo digo con pesar por la última vez. ¡Vasallos! castigaré á los que jueguen, aunque sean mis hijos. — *Joung — Tcheng.*

FUNDACION DE LAS UNIVERSIDADES DE ESPAÑA.

Cuando se crearon las universidades de Europa, eran varias las capitales en las que se esplicaban las diversas ciencias bajo el nombre de estudios generales. En el siglo XII se trasformaron estos en universidades, creándose sucesivamente en España en los años siguientes:

- 1200 la de Salamanca por el rey Alfonso IX.
- 1293 la de Alcalá de Henares por el rey D. Sancho.
- 1346 la de Valladolid por el rey Alfonso XI.
- 1430 la de Barcelona siendo trasladada en 1701 á Cervera y restituida en 1837 á Barcelona.
- 1446 la de Gerona por el rey Alonso V de Aragon.
- 1483 la de Palma (de Mallorca) por Fernando el Católico.

Un año mas.

(En un Album.)

Salud, oh Album, salud: un año ha transcurrido desde que veniste á parar á mis manos; un año desde que se me exigió una flor para tí, pero que solo pude ofrecerte un canto triste sin armonía, y pálido como las flores que brotan entre áridos peñascales; y ahora vuelves otra vez á mi poder... Oh! qué destino, que extraño impulso te conduce? ¿qué genio te guia? ¿vienes acaso para evocar en mi mente todo un año de recuerdos, ó vienes como pidiéndome cuenta del tiempo que fué? ¡Qué de cosas han pasado entonces? ¡cuántas esperanzas he visto marchitadas, cuántas ilusiones me ha arrebatado en su confuso torbellino el desengaño!

Triste, muy triste sería nuestra existencia si solo se viera atormentada por el pesar de los deseos no satisfechos; si cual las plantas no viera brotar nuevas hojas y nuevas flores despues del otoño en que el desengaño sumerge al corazon!

Orgullosa la fantasía sobre los escombros de ensueños perdidos levanta nuevas esperanzas, y se solaza en un porvenir de quimeras, cuyo horizonte dilata la ambicion.

Ante el futuro paraiso que forja nuestra imaginacion, creemos olvidar lo pasado, y hollando nuestros propios recuerdos como huella el tiempo las generaciones que crea, osados, nos lanzamos en pos de la dicha y de la gloria, y cuando pensamos alcanzarlas se desvanecen ó nos destruyen como destruye la llama á la incauta mariposa.

De esta suerte transcurren los años, y anhelando seguir siempre adelante tras de nuevas ilusiones, no observamos que el tiempo transcurrido va formando á nuestra espalda una cadena inmensa, cuyo peso nos precipita al fin de la nada.

Yo.

Crónica teatral.

La primera producción que en nuestro teatro se puso en escena, después de la última de que tratamos en nuestra crónica anterior, fué la bonita comedia de costumbres, titulada *Trampas inocentes*. Debida á la pluma del Sr. Auset, tiene un argumento sencillo, si bien desenvuelto con alguna inverosimilitud; pues no hallamos muy natural el que una jóven, cual Clotilde, que acaba de abandonar el colegio, sepa dar lecciones de florete y tenga tan certera puntería con la pistola. Con esto logra captarse la voluntad del mancebo calavera, de quien poco antes se veía desdenada, á causa de la timidez y los resabios de colegiala con que se le presentó. La versificación es fluida y animada, y el diálogo corre fácil y con suma naturalidad. Con respecto á la ejecución, debemos confesar que hubo bien y mal. La señorita Cuello, supo sacar aun bastante buen partido del papel de Clotilde. El Sr. Vilardebó estuvo no muy acertado en el suyo, pues aun cuando debía presentarse como un calavera consumado, habia de mostrarse algo mas fino ante la señorita Clotilde. El Sr. Arquero estuvo generalmente muy natural. Los demás que tomaron parte en el desempeño de la comedia, se esforzaron en secundar á sus compañeros.

El domingo se estrenó el drama en seis cuadros, precedidos de un prólogo, arreglado á la escena española por el Sr. Ortiz de Pinedo, y titulado *Los pobres de Madrid*. Esta producción no hay duda que está llena de situaciones interesantes y altamente dramáticas y de sumo efecto; pero tiene tambien inverosimilitudes, como todas las de su clase, á consecuencia de querer herir con fuerza el ánimo del espectador. En ella, todo está arrastrado por los cabellos, presentándose al público escenas rebuscadas, al solo objeto de conmover y arrancar un aplauso. Si bien la vida del teatro es el ideal, este ha de ser lo mas verosímil posible. No es esto decir que algunas de las situaciones del drama no lo sean; harto sabemos que lo son en realidad; pero la acumulacion que de algunas de ellas se hace, constituye un conjunto que llega á ser antinatural. Si habíamos de descender á detalles, encontraríamos

en *Los pobres de Madrid* defectos de bulto, al lado de escasas bellezas. No hay duda que le recomienda la verdad de algunas pinturas; pero estas generalmente se hallan muy recargadas de colorido y desmerecen. El lenguaje que se pone en boca de los personajes está bastante bien adecuado, especialmente el de Trifon. En cuanto al desempeño, como de costumbre, dió á conocer que habia falta de ensayos y que no se sabian mucho los papeles. El Sr. Vilardebó estuvo algunas veces bastante bien, pero nunca como le hemos visto en otros dramas. El Sr. Arquero, que tomó á su cargo el papel de Mendilueta, supo sostenerlo regularmente hasta el fin. El Sr. Guerra, en el de Andrés Ibarrola, como ageno á su carácter, hizo lo que pudo. La señora Massa no hizo mal el de Eloisa; así como la señorita Cuello sacó regularmente el de Adela. Los demás, como suelen.

El miércoles se pusieron en escena *El primito* y *El maestro de baile*. La primera es poco menos que un sainete de bastante mal gusto, sin interés y lleno de escenas que repugnan. Su ejecución, así, así.

La segunda, que es una pieza que por todos sus poros respira aire francés, es un juguete de moda, que equivale á decir, impregnado de ambigüedades no de muy buen género. En su ejecución se distinguió el Sr. Revilla, haciendo reir al público.

El jueves se representaron *El fondo y la corteza*, del Sr. Suricalday, y *La Posada del ave de rapaña*.

La primera es un juguete, cuyo principal mérito consiste en la pintura de algunos caracteres, que están bien sostenidos hasta el fin. La versificación es bonita y el diálogo bastante animado. El argumento es sencillísimo, lo cual hace lánguida la producción.

En el desempeño hubo bastante regularidad por cuantos en él tomaron parte. Cuasi nadie sabia el papel, y ello obligaba al apuntador á que levantara la voz, con mucho disgusto del público.

La segunda es un mal saineton, propio para el teatro de la *porte Saint Martin* de Paris.

Con respecto á la pareja de baile.....

Hermógenes.

Director. D. FRANCISCO P. VARELA.